

BURROW, JOHN.

A History of Histories. Epics, Chronicles, Romances and Enquiries from Herodotus and Thucydides to the Twentieth Century.

Allen Lane, Penguin Books, London, 2007 (553 págs.)

ISBN 978-0-713-99337-0

Fernando Lolas Stepke¹

Justifica llamar la atención sobre un libro de historia en relación con la ética o la filosofía práctica por muchos motivos.

La dimensión histórica del pensamiento sobre moral y costumbres, especialmente cuando se codifica lingüísticamente en normas éticas, es insoslayable. No se trata de ignorar que pueden existir normas universales para el comportamiento humano. Sin embargo, se comprueba diversidad en el registro histórico. Cabe preguntarse si cuando se habla de derechos humanos o prohibiciones sociales en el presente se hace justicia a lo que generaciones humanas anteriores entendieron como normas de convivencia humana.

Por otra parte, la historia no siempre es lo “que en realidad ocurrió” (como decía Leopold von Ranke, “*was in der Tat geschehen ist*”). Quienes escriben lo que llamamos historia son personas que valoran, juzgan, aprueban o condenan. El mismo desarrollo de la capacidad de interrogar el pasado provoca reevaluaciones, formas distintas de juzgar hechos y épocas, denominaciones que parecen capturar lo esencial de un período o, incluso, el descubrimiento de testigos o personas que en el pasado hablaron o escribieron sobre su contemporaneidad. La historia es memoria modificada por el presente desde el cual se escribe. Como toda memoria, es invención del pasado.

También debe considerarse la finalidad. Es distinto listar acontecimientos en anales o recopilaciones de sucesos, crónicas que exaltan hechos o personas, biografías que escudriñan personalidades merecedoras de atención, tratados que proponen sacar lecciones del pasado para afrontar el futuro o documentos que analizan o sintetizan situaciones y circunstancias.

De estas múltiples finalidades del trabajo histórico da cuenta el libro de John Burrow. Es valiosa fuente para estudiar escritos relevantes. Su énfasis no está en los hechos o las personas objeto de historia sino en los historiadores o narradores. Esto lo hace particularmente valioso para estudiar el trabajo histórico y sus diferentes finalidades. Una lectura atenta a sus resonancias y connotaciones puede enseñar sobre la ética implícita no solo en la selección de los temas que privilegiaron distintos autores sino también en la forma de narrar.

Las presentaciones de obras clásicas son un comentario razonado de cada una, con apreciaciones personales y ocasionales referencias al contexto en el cual fueron escritas. De allí puede inferirse, no siempre de modo explícito, cuáles fueron los contextos y la vida común tras la preparación de las obras e, indirectamente, lo que en el relato se consideró digno de atención. Tal selección temática indica qué se

¹ Director de Acta Bioethica. Profesor Titular de las Universidades de Chile y Central de Chile. Académico de Número, Academia Chilena de la Lengua, Correspondiente de la real Academia Española y de la Academia de Ciencias Médicas de Córdoba (Argentina). Miembro de Honor, Sociedad Española de Medicina Psicosomática y Academia Chilena de Medicina, Chile, flolas@uchile.cl, <https://orcid.org/0000-0002-9684-2725>

valoró como hecho histórico o período relevante, lo cual ya implica una valoración. Y toda valoración es juicio moral.

Por ejemplo, Salustio, en sus estudios sobre la conjuración de Catilina y la guerra de Jugurta, aparte de narrar hechos se aplica a describir los signos de corrupción perceptibles en la sociedad romana. Tácito, hablando sobre Germania, sirvió de ejemplo sobre lo que era un pueblo bárbaro con virtudes apreciables. Geoffrey de Monmouth, al incluir referencias a personajes casi mitológicos, como el Rey Arturo, mezcla elementos fantasiosos con revelación de hechos en la tradición de Heródoto. Éste puede considerarse un etnógrafo que, a través de informantes (en los que no siempre cree), habla de Egipto y Babilonia. La preservación de lo digno de memoria, su objetivo declarado, le permite indagar por costumbres y prácticas comunicadas por personas y no basadas en información documental. La Revolución Inglesa de 1649 es objeto de obras que toman partido por el Rey o el Parlamento, y revelan juicios morales que luego serán revisados por otros historiadores a tenor de distintas circunstancias.

La principal función de esta historia de las historiografías no es tanto revisar los hechos o las épocas sino indagar por qué fueron objeto de narrativas. La ética no es tarea manifiesta pero está infusa en el trabajo. Es tarea de quienes estudian reconstruirlas a través de una empatía lectoral que, inevitablemente, se confundirá con las propias convicciones. Los textos viven en sus lectores. Son siempre ambiguos y admiten interpretaciones.

Independientemente de que se escriban “historias sociales” o los hechos y las circunstancias de “personajes importantes”, la narrativa histórica es venero de intuiciones y sugerencias para reconstruir el clima moral. No solo de lo que es objeto de las historias sino de quienes las escriben. Se trata de un proyecto de investigación que, bien realizado, podría contribuir a superar la simplicidad de quienes pontifican sobre ética y bioética sin considerar el “cuándo” y el “cómo” de prácticas sociales que demuestran los cambios sociales. Y tales cambios sociales, objeto de la historia, son esenciales para juzgar lo que ocurre en el presente. Lo que se llama “*Wirkungsgeschichte*” o historia de los efectos y consecuencias de un hecho o su recepción en la posteridad debe ser parte de la apreciación.

La tentación inherente a muchas “filosofías de la historia” es proponer finalidades. “La historia como hazaña de la libertad”, para parafrasear a Benedetto Croce, “la consumación de los tiempos y la venida del Mesías”, en la escatología judeocristiana, el “mito del progreso”, “el eterno retorno”, “el fin de la historia”, la “conquista de los derechos”, entre otras, son finalidades subyacentes a muchos textos. Es un trabajo de meta-ética. A menudo los contemporáneos no son buenos jueces de los acontecimientos y la tentación de descubrir precursores, o inventarlos, sirve tanto para fundamentar acciones como para justificarlas.

En resumen, la historia es fundamental en toda meta-ética. Sin considerarla se corre el riesgo, que ya es hábito, de pensar que lo que hoy nos ocupa es lo más importante o, lo que es peor, buscar justificaciones en el pasado para acciones del presente.